

Una generación brillante y una sucesión cargada de responsabilidad La Iglesia de Guatemala a la luz de la muerte del cardenal Quezada

Juan Hernández Pico, S. J.*

Rodolfo Ignacio de Jesús Quezada Toruño, guatemalteco de 80 años recién cumplidos el 8 de marzo de este año, arzobispo emérito de Guatemala y cardenal de la Iglesia Católica, falleció el 4 de junio 2012 en el Hospital Hermano Pedro, de una obstrucción intestinal consecuencia de un cáncer. Con él termina de pasar una generación brillante de obispos guatemaltecos. ¡Y cuánto deseáramos que la generación sucesora se mantenga a la altura de la que está pasando hoy, por supuesto, con su propia creatividad en estos tiempos distintos, de la primera y muy aguda crisis de la globalización.

Una brillante generación de obispos guatemaltecos

En aquella brillante generación, destacan nombres como los del jesuita Luis Manresa (1915-2010), presente en Medellín y en Puebla. El franciscano Constantino Luna Pianegonda (1910-1997), antiguo obispo de Zacapa. Los diocesanos Próspero Penados del Barrio (1925-2005), primero obispo de San Marcos y luego predecesor de Quezada Toruño como Arzobispo de Guatemala, fundador de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado (ODHAG), encomendada al obispo auxiliar Juan Gerardi. El mismo Juan Gerardi (1922-1998), primero obispo de La Verapaz y luego de El Quiché, diócesis de la que decidió salir con casi todos sus sacerdotes después del asesinato de tres de ellos. Fue asesinado el 26 de abril de 1998 dos días después de haber presentado el famoso y

* Catedrático del Departamento de Teología, UCA.

arriesgado estudio Guatemala, nunca más sobre las víctimas de la guerra. También Gerardo Flores Reyes, obispo emérito de La Verapaz, nacido en 1925 y aún vivo. Jorge Mario Ávila del Águila (1924-2008), primero obispo en el Petén y luego en Jalapa. Y Víctor Hugo Martínez Contreras, antiguo obispo de Huehuetenango y arzobispo emérito de Los Altos, nacido en 1930 y vivo aún. De aquella generación –no exactamente en términos temporales, sino como grupo episcopal de corazón y pensamiento convergente– quedan aún como obispos residenciales los sacerdotes diocesanos Julio Cabrera Ovalle, nacido en 1939, antiguo obispo de El Quiché (1986-2001) y hoy obispo de Jalapa (2001...), y Álvaro Ramazzini Imeri, nacido en 1947, antiguo obispo de San Marcos (1988-2012) y hoy de Huehuetenango (2012...).

Maduraron con el terremoto del 76

Esta generación de obispos llegó a su madurez con ocasión del terremoto de 1976. Aquel desastre de enorme magnitud, puesto que cobró entre 22 000 y 25 000 muertes, cerca de 80 000 heridos, más de un millón de personas sin techo, y arrasó literalmente más de quince municipios de mayoría indígena del altiplano, además de golpear duramente el centro histórico de la capital, conmover las entrañas de ese grupo de obispos. Aún recuerdo con toda nitidez el día en que uno de ellos se acercó a la oficina que entonces teníamos, en la Zona 5 de la capital, una comunidad de jesuitas dedicados al apostolado social. Estábamos descargando un camión repleto de costales de maíz, frijoles, harina, cemento, arena, cal y otros alimentos y materiales de construcción. Recibimos al obispo blancos de harina y cal, y goteando sudor. Nos pidió, a César Jerez –más tarde provincial de los jesuitas en Centroamérica y Panamá, ya fallecido– y a mí, que le ayudáramos con un esbozo de carta pastoral para consolar al pueblo y para denunciar las contradicciones de la realidad guatemalteca, raíz de desastres permanentes mayores.

Le agradecemos y nos pusimos manos a la obra. No teníamos idea de cómo se redacta un documento episcopal. En el borrador, vertimos simple y honradamente, lo que habíamos visto, lo que habíamos escuchado, lo que habíamos tocado con nuestras manos: aquel cementerio de Comalapa, convertido en un macabro baile inolvidable de tumbas; aquel pueblo de San Martín Jilotepeque, pueblo natal de César Jerez, del que no había quedado en pie más que una casa de concreto en una esquina del parque central y la fuente del centro hecha de piedra; aquel pueblo de Tecpán descuartizado por el sismo como una res para la venta. Aquella gente pobre ya antes del cataclismo y ahora enfrentada con la miseria. Y lo de siempre: el trabajo del Comité Estatal de Emergencia y luego de Reconstrucción, eficaz con los que doblaban la cerviz y se sometían a las exigencias del gobierno de un presidente militar brotado de un fraude electoral. Como a nosotros, este u otros obispos consultaron a muchos sacerdotes, religiosos y laicos antes de escribir su carta pastoral.

Unidos en la esperanza

Tres o cuatro meses más tarde, nos sorprendió el documento episcopal Unidos en la esperanza, fechado el 25 de julio de 1976. Los obispos no se habían precipitado. El 19 de febrero habían escrito un breve “mensaje ante la catástrofe nacional”. El cardenal arzobispo de Guatemala, Mario Casariego (1909-1983), que no hablaba el mismo lenguaje de aquella generación, había dicho que el terremoto era un “castigo de Dios”. Para quien se había dado cuenta de que la inmensa mayoría de las víctimas habían sido los pobres e incluso los más pobres de este país, los de las casas de adobe y los techos de teja, los de las covachas de los barrancos capitalinos, el “castigo de Dios” era castigo a los pobres. Terrible blasfemia de un prelado inconsciente. Los obispos, en cambio, afirmaban en su mensaje que los sufrimientos producto de fenómenos naturales no son nunca “venganza o castigo”

de Dios, sino una invitación “a la reflexión y al esfuerzo que nos impulsa a ser más humanos y más cristianos”. Por eso escribieron que “el sismo que golpeó a Guatemala es como un símbolo de otros sismos silenciosos e invisibles, que desde tiempos inmemoriales han venido golpeando a nuestro pueblo y cuyos autores han sido y somos los hombres”.

Una mirada honrada con la realidad del país, según el paradigma de Medellín

Entonces, después de un largo periodo de consulta y reflexión, Unidos en la esperanza entregaba el fruto de esa sería mirada honrada con la realidad del país. Asombrosamente, la carta la firmaban todos los obispos menos el cardenal Mario Casariego. Conociendo los compromisos de Casariego con el Ejército y la oligarquía, los obispos habían escogido un tiempo de ausencia, en Roma, del cardenal arzobispo, para firmar y publicar la carta que temían se habría negado a firmar tal como se había redactado. Hay veces que se sonríe uno cuando ve a los obispos haciendo sus trampas favorables a la causa de Dios y del pueblo.

Unidos en la esperanza era una carta pastoral construida según el paradigma de los documentos de Medellín: ver la realidad analizándola con profundidad, establecer los valores desde los cuales juzgar esa realidad y programar una acción pastoral comprometida, en este caso con la reconstrucción del país. No deja de ser importante recordar aquí el esquema de aquella carta pastoral que levantó ampollas en el país y consagró a aquella generación de obispos, impulsada por una parte relevante del pueblo de Dios en Guatemala.

La mirada analítica sobre la realidad

La mirada analítica sobre la realidad guatemalteca constataba la “constante explotación” y la “vida injusta e inhumana” del pueblo de Guatemala. Denunciaba en las clases altas un avance de la inmoralidad en el “deseo immoderado de lucro” y la “búsqueda insaciable del placer”. Y una consecuencia lógica: “gran

endurecimiento de la conciencia” e “insensibilidad lamentable [...] frente a la miseria”. Denunciaba también la participación de las clases medias en esta misma inmoralidad, hablando además –ya hace casi 40 años– de su captura por la sociedad de consumo. La honradez con la realidad les llevaba también a reconocer que la situación de miseria de la clase obrera y campesina les impedía prepararse para sus oficios y rendir en el trabajo y los llevaba “a posiciones radicales” o “a evadir responsabilidades”. Con gran resonancia de Medellín, los obispos hablan de una situación de pecado en el campo social, económico y político, y de violencia institucionalizada y represión. También de la injusta repartición de un bajo producto nacional bruto. Y no se detuvieron frente al tema de la tenencia de la tierra, “donde con mayor claridad y dramatismo aparece la injusticia que vive nuestra Patria.” Constataban la intangibilidad de la propiedad privada y, a la acumulación de tierras en manos de unos pocos la llamaban “un pecado de injusticia que clama al cielo”. Denunciaban la impunidad, la existencia de grupos armados, la corrupción, las instituciones de Justicia instrumentalizadas, y el uso de la tortura, como realidades que hacían a Guatemala vivir “desde hace largos años bajo el signo del temor y de la angustia”.

La mirada de los obispos se extendió a la realidad de la Iglesia, necesitada de “conversión constante”. Constataban que el desmoronamiento de la antigua unidad no ha dado paso a “vivir un legítimo y sano pluralismo”; reconocían que es muy débil el diálogo entre pastores, sacerdotes y fieles; y señalaban una desilusión apostólica y una falta de pastoral de conjunto, aunque confiaban en que “Cristo está con su Iglesia y el Espíritu Santo es capaz de vivificarnos”.

El juicio de la realidad según valores

A la hora de apuntar los valores desde donde juzgaban la realidad, hablaban del amor de Dios al mundo, y de que el Creador es Padre y todos somos hermanos. Mantenían

que hay una oferta divina de salvación trascendente, pero que comienza aquí y llega a su plenitud escatológicamente. Destacaban la dignidad de la persona humana como imagen y semejanza de Dios. Confesaban que “el más humilde de los guatemaltecos, el más explotado y marginado, el más enfermo e ignorante vale más que todas las riquezas de la Patria y su vida es sagrada e intangible. Señalaban con firmeza que las autoridades “no están por encima de la ley”. Reconocían el derecho de propiedad privada, pero sin absolutizarlo: “Es plenamente legítima [...] la expropiación de grandes extensiones de tierra medioderamente cultivadas o reservadas para especular”, porque “la tierra ha sido dada para todo el mundo y no solo para los ricos”. Y defendían que no se puede coartar el derecho de asociación para formar organizaciones (sindicatos, cooperativas, ligas campesinas, partidos políticos) y que “ningún ciudadano puede ser molestado o marginado y mucho menos eliminado por su raza y su color o por sus ideas religiosas o políticas”.

El compromiso de acción en la reconstrucción

Pasando a la acción, afirmaban los obispos su compromiso con la reconstrucción nacional, material; cierto, pero también con la renovación del corazón humano.

Es importante y urgente la edificación de estructuras humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de la persona, menos opresivas [...]; pero aún en las mejores estructuras, los sistemas [...] se convierten pronto en inhumanos [...] si no hay una conversión del corazón y de mente.

Los obispos enfatizaban que la Iglesia quiere participar en la reconstrucción primero evangelizando, es decir, dando buenas noticias; segundo “siendo efectivamente pobre y estando primordialmente al servicio de los pobres”. No se confundan –decían–: la pobreza que es carencia de los bienes necesarios para vivir dignamente es un mal que debe

denunciarse porque es fruto de la injusticia y del pecado de los hombres. Otra cosa es vivir la pobreza espiritual y el compromiso de pobreza en solidaridad con los que la sufren. Además, era necesario abrirse al diálogo y dar todo su papel al laicado. La Iglesia, rechazando el paternalismo y el asistencialismo en su contribución a la reconstrucción, ofrecía el trabajo de Cáritas y llamaba a los fieles a vivir unidos y compartir lo que tienen, como en la primera comunidad cristiana.

Los obispos terminaban como sus compañeros lo hicieron en 1968, ocho años antes, en Medellín: “No ha dejado de ser esta la hora de la palabra, pero se ha tornado con dramática urgencia la hora de la acción [...], de inventar con imaginación creadora la acción que corresponde realizar...”. Y antes de firmar la carta, confesaban su “fe en Dios, en los hombres, en los valores y en el futuro de nuestra Patria”.

Quezada Toruño, obispo en el oriente masacrado del país

De los quince obispos que firmaron la carta en 1976, solo cinco están vivos, todos ellos en edad y situación de retiro. Cuatro años antes del terremoto, en 1972, era elegido y consagrado obispo Rodolfo Quezada Toruño. Durante 29 años de los 40 que le quedaban por vivir el ministerio episcopal, lo ejerció sirviendo en Zacapa y Chiquimula, en el oriente del país, de 1972 a 1975, como auxiliar del obispo Luna y, de 1975 a 1980, como coadjutor con derecho a sucesión. Entre 1966 y 1970, su diócesis había sido escenario de la primera ola guerrillera. El general Arana condujo la guerra contra ella y la acompañó de una brutal represión: lo conocieron como “el carnicero de Zacapa”. Después fue electo presidente de la República (1970-74). A Rodolfo Quezada, le tocó recoger la herencia de sangre y fuego con que el ejército fue arrinconando a la guerrilla de la sierra de las Minas hasta obligarla a abandonar el teatro de las armas y recorrer el camino hacia México y el exilio.

El comienzo de la persecución y el martirio: Hermógenes y Panzós

En 1978 se celebró, en el seminario mayor de la Asunción, una asamblea apostólica. Me pidieron acompañarla con una ponencia de análisis sobre la realidad del país. Cuando terminé el análisis, Rodolfo Quezada lo agradeció y añadió: “¿Para qué queremos buscar analistas fuera (de la comunidad eclesial, quería decir) si los tenemos tan buenos dentro?”. Teniendo en cuenta mi pertenencia a la comunidad de jesuitas de la Zona 5 con nuestra fama de “izquierdistas”, era más significativo el reconocimiento. El 30 de junio de 1978, Día del Ejército, fue asesinado –en una aldea de San José Pinula– el párroco Hermógenes López Coarchita. Se había pronunciado públicamente contra la empresa que pretendía entubar el agua del municipio para venderla en la capital, contra la subida del precio de la leche que habían impuesto varios finqueros y, sobre todo, contra las brutales redadas que se llevaban a campesinos jóvenes pobres a un servicio militar discriminatorio. El 29 de mayo, había ejecutado el ejército la masacre del parque de Panzós, donde disparó sobre una multitud de campesinos indígenas que reclamaban tierras, matando a 53 personas e hiriendo a otras 47, según la Comisión de Esclarecimiento Histórico.

Intramuros y extramuros en Puebla

En enero de 1979, se celebró en Puebla la III Conferencia General del Episcopado Católico de A.L. Estuve presente, invitado como asesor tanto por monseñor Arturo Rivera y Damas, obispo de Santiago de María en El Salvador, como por monseñor Óscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador. El cardenal franciscano Aloysio Lohrscheider, arzobispo de Fortaleza, en Brasil, era el presidente del CELAM y de la Conferencia de Puebla. El obispo de Quetzaltenango, el jesuita Luis Manresa, era el primer vicepresidente. La Conferencia había sido precedida por un incidente revelador: un periodista había publicado el texto de una carta (o borrador) del secretario

del CELAM, Alfonso López Trujillo, arzobispo de Medellín, al segundo vicepresidente. En ese texto, López Trujillo se refería al nombramiento papal del entonces general de la Compañía de Jesús, Pedro Arrupe, para asistir a Puebla. Y hablaba, en términos de pelea de boxeo, como de haber perdido un round. Por otro lado, los teólogos de la liberación, expulsados por el arzobispo de Puebla de su hospedaje en una casa de retiros regentada por unas religiosas, tuvimos que reunirnos extramuros del Seminario Palafoxiano, donde se celebraba la Conferencia. La gran incógnita de Puebla era el discurso del papa Juan Pablo II, recién electo tres meses antes. Habló en su discurso de la verdad sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre. Con ello marcó un punto de inflexión: el giro desde el estilo pastoral del Vaticano II y de su traducción en Medellín hacia una nueva preocupación eclesial centrada en la verdad dogmática y en sus desviaciones presuntamente heréticas o casi heréticas. Lo que en realidad estaba en juego era el carácter cristiano de la teología de la liberación y el valor pastoral de sus opciones por los pobres, por la justicia y por el cambio de estructuras.

Dialogando en Puebla con los obispos

Entre los delegados de la Conferencia Episcopal de Guatemala, estaba el obispo Rodolfo Quezada. Con él estuve hablando en una tarde de receso de los trabajos. Nuestro diálogo fue sobre el peligro de que la corriente liderada por López Trujillo tratara de plantear textos que vincularan inextricablemente a la teología de la liberación con el marxismo. Tres años más tarde, en un prólogo al Documento de Puebla publicado por la BAC, el mismo López Trujillo lo habría de decir inequívocamente:

El debate sobre la liberación en los últimos años no consiste en el amor o no a los pobres, en la apertura o cerrazón frente a las exigencias de justicia, en la encarnación o lejanía de la historia [...]. El problema fundamentalmente radica [...], en última instancia, en si su inspiración es o no de moldes marxistas. Más concre-